

tra juventud. ¡Pueblo de San Luis Potosí! Es fuerza que correspondáis á tamaña abnegación y á tantos sacrificios. Como os dije al principio, para sostener un establecimiento de educación no bastan recursos pecuniarios, ni suntuosos edificios, ni un cuadro selecto y numeroso de profesores; es indispensable el favor del público. ¡Que no se diga nunca que faltó este favor al Sagrado Corazón de San Luis!



DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO SEMINARIO DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 8 DE AGOSTO DE 1897.



CON cuánta satisfacción os dirijo la palabra después de cuatro años de silencio! El pasado me encontraba ausente con motivo del Quinto Concilio de la Provincia de México. El antepasado andaba buscando la salud en las cálidas fuentes de Karlsbad. El año que los precedió, vine en verdad á la distribución de premios; pero, enfermo de alma y de cuerpo, permanecí apenas breves instantes, y me retiré sin saludaros con mi acostumbrado discurso. Hoy se me figura que me despierto de un sueño; y al contemplar con grata sorpresa los mismos lugares y las mismas escenas que en tiempos anteriores, me veo tentado á exclamar como en 1893, cuando por última vez os hablé desde esta cátedra, á raíz de la epidemia que acababa de afligirnos: "Mentira me parece, después de la época de angustia que hemos pasado, mentira me parece vernos aquí reunidos en la presente solemnidad."

Mentira me parece, en verdad. Ahora no se trata de pocos meses de aflicción, y en una ciudad solamente; sino de largos años de decadencia continua, en que la

sequía prolongada, y la consiguiente hambre y miseria han hecho emigrar á una quinta parte de los habitantes de mi diócesi; en que los nuevos intereses creados por los ferrocarriles han arrebatado á San Luis su importante categoría de Emporio del centro de la República, sin darle compensación de ningún género; en que hasta las minas, que por algún tiempo sostuvieron el decadente comercio y la moribunda agricultura, han empezado á mostrarse ingratas y avaras. He visitado, como de costumbre, las parroquias de mi obispado; y con excepción de dos ó tres, he hallado la población disminuida en un quinto, en un tercio, en algunas aun en la mitad. He oído por todas partes gemidos lastimeros, he visto la pobreza asaltar á todas las clases de la sociedad, y la miseria llegar hasta el pie del santuario. Como consecuencia inevitable, mis escuelas han decaído, y aun ese Colegio del Sagrado Corazón, que he cuidado siempre como la niña de mis ojos, ha estado contemplando sus aulas casi desiertas. Natural era que la decadencia, y el abandono, y la miseria, y la desolación, hubieran llamado á las puertas de mi Colegio Seminario, tanto más cuanto que ciertos intereses que aún no he podido conciliar del todo, y pasioncillas que resisten á todo empeño por calmarlas, lo han hecho el blanco de sus tiros. ¡Cuál será, por tanto, mi sorpresa y la vuestra, Señores, al ver que ha sucedido lo contrario! El número de alumnos es mayor y más selecto que en los tiempos más prósperos, el cuadro de profesores tan completo y competente como antes, la disciplina tan severa como lo ha sido desde que llegué á la diócesi. Nada tengo que decir de la Biblioteca, del Observatorio, del Gabinete de

Física y del Laboratorio, pues bien sabéis que para el Seminario los formé ó aumenté, y en el Seminario se quedan, aunque el cuerpo docente se renueve ó cambie por completo. En los años de prosperidad que tuvimos, con pensiones bien pagadas, con alumnos foráneos de familias ricas, con una fuerte subvención del gobierno eclesiástico, cuyas entradas abundantes permitían suministrarla, el Seminario quebró dos ocasiones, como os lo indiqué en mis discursos. Ahora, sus egresos é ingresos conservan el mismo nivel, á pesar de lo mucho que ha mermado la pensión que á las parroquias se impone conforme al Concilio de Trento, y de la benignidad con que tratamos no sólo á los alumnos de la diócesi, sino á los de Tehuantepec, Tabasco, Guanajuato y otros puntos de la República, y á los Seminaristas de los Estados Unidos que nos han favorecido en estos años de escasez. He presenciado una gran parte de los exámenes, y éstos me han probado que alumnos y profesores han cumplido con su deber, y que la enseñanza se encuentra á la altura correspondiente. He tomado de continuo informes sobre la marcha del establecimiento, y se me ha hecho ver que el favor del público, sin el cual ningún colegio puede subsistir, se sostiene siempre, á despecho de tantas contradicciones y desgracias, y que el favor divino nos ha cubierto con su sombra no obstante la indignidad personal del Prelado, y nos ha permitido prosperar y caminar siempre adelante, en medio de las más recias tempestades. ¡Loado sea el Señor! Si Él está manifiestamente de nuestra parte, ¿quién osará ponerse del lado de nuestros enemigos? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*
El Seminario tiene que ser el objeto principal de los

afanes del Obispo. Su fin es la formación de sacerdotes dignos é instruidos que á las órdenes y bajo la dirección del Prelado administren los sacramentos, prediquen la divina Palabra, apacienten en suma la mística grey que el Príncipe de los Pastores le ha confiado. Se trata, notadlo bien, Señores, no sólo de la Capital de la diócesi ó de una clase de la sociedad, sino de las parroquias rurales, de las aldeas, de los pueblos, y aun de los habitantes que moran en los bosques ó vagan por las montañas. Á todos tiene que extenderse la solicitud del Pastor; y erraría grandemente quien procurase ó permitiese únicamente la formación de predicadores ó maestros para las ciudades importantes, ó de confesores para la aristocracia. Hay que procurarse alumnos de todas las clases de la sociedad, para que á todas atiendan, una vez elevados al sacerdocio, sin encontrarse fuera de su centro. Los pueblos de indígenas requieren sacerdotes de altas cualidades, pero que se sentirían inferiores en una ciudad en que abundaran los literatos; así como un eclesiástico de finos modales, esmerada educación y alto nacimiento, daría poco fruto en medio de rudos campesinos ó de tribus semisalvajes. Á la formación de todos hay que atender igualmente, ya sea en diversos seminarios, como hizo San Carlos Borromeo, ya en uno solo, como es fuerza practicarlos donde los aspirantes al estado eclesiástico no abundan y los recursos son escasos.

Ante todo es preciso *descubrir* la vocación; y esto se consigue en el Seminario llamado *menor*, en el cual se enseña desde los primeros rudimentos de la gramática, y de cuyo recinto no se excluye á los niños destinados á otras carreras ó profesiones, pero que pueden incli-

narse al sacerdocio en el momento oportuno. En los grandes centros religiosos, donde abunda el clero y las vocaciones son numerosas, podrá estar en local aparte y bajo diverso jefe que el Seminario llamado *mayor*. Tal lo intenté yo hace cinco años, cuando la población aun no disminuía en mi ciudad episcopal, y mi diócesi disfrutaba todavía de prosperidad, abrigándose igualmente grandes esperanzas é ilusiones para lo porvenir. Pero muy pronto tuve que refrenar mi osado vuelo, y á los dos años fué menester volver al antiguo y más general sistema de conservar ambos Seminarios bajo un mismo Rector y en un mismo recinto.

Entre el humo del incensario, bajo la dulce influencia de la salmodia religiosa, subyugado con el hechizo de las vidas de los santos, escucha el niño el primer llamamiento que le hace el Señor. Unas veces siente un atractivo irresistible á la evangelización de las ciudades ó de las campiñas, á imitación de Felipe Neri ó Alfonso Ligorio; otras arde en deseos de seguir las huellas de Francisco Javier ó de encerrarse en el claustro como Bruno ó Bernardo de Claravalle; otras se contenta con aspirar al modesto apostolado seglar como Sebastián en el ejército ó Ives en el foro. Toca á los prudentes directores el ir formando y cultivando estas vocaciones; y mientras permanezcan en el Seminario menor, y sin haber tomado una resolución definitiva, bien pueden vivir juntos, sin estorbarse mutuamente, sino antes bien, ayudándose unos á otros en sus santas aspiraciones, los Neris y Ligorios, los Javieres y Brunos, los Ives y Sebastia-
nes en ciernes.

¶ Pero una vez llegados al segundo estadio de la ca-

rrera, la separación es indispensable, y para esto sirve el Seminario mayor. Si en la milicia profana importa tanto para cultivar en el oficial el valor y la disciplina, el que tenga una alta estima de su propio jefe y regimiento, y un gran respeto al propio uniforme, con más razón este respeto y esta estima son indispensables en la milicia eclesiástica. ¿Qué cosa más útil que el estudio de la jurisprudencia, sobre todo cincuenta años atrás, cuando la Iglesia estaba íntimamente unida al Estado? Y sin embargo, era muy á menudo nocivo al espíritu eclesiástico, y hacía perder la vocación á no pocos seminaristas. El íntimo contacto con jóvenes que sólo al mundo aspiraban, y el alto valor que se daba á los estudios legales, aun en la misma Iglesia, hacía despreñar la Teología y á los que la cultivaban, con menoscabo de la piedad y detrimento de las vocaciones. Apelo al testimonio de los pocos sacerdotes que aún quedan de aquella época comparativamente remota.

No menor peligro ofrece el sistema contrario. Que los superiores de un seminario diocesano empiecen á exagerar los riesgos que corre el clérigo secular; á insinuar que un párroco difícilmente ganará el cielo; á repetir el dicho vulgar que *el infierno está empedrado con cabezas de curas*; á presentar como únicos modelos dignos de imitarse á los jóvenes que aspiran á la vida claustral; y ya puede el Obispo perder toda esperanza de reclutar obreros, de formar y conservar su ejército de línea, que es el clero sujeto á sus órdenes inmediatas. Toca al prudente Prelado evitar uno y otro escollo; y no debe retroceder, aunque para ello sea preciso hacer los más duros sacrificios, aun el de la popularidad, aun el de la

estimación de individuos ó corporaciones cuya amistad se tenga en altísimo precio.

Tengo la conciencia de no haber faltado á este deber; y no me pesan, aunque sí me duelen, los enormes sacrificios que me impuso. Asustado ya hacía tiempo con la disminución de vocaciones, el año de 1893 dí el grito de alarma. En vez de los 40 estudiantes de Teología que acostumbraba encerrar este Seminario cuando yo llegué á la diócesis, su número, en 1887 se había reducido á 30 y en 1890 á 22. Para 1894 sólo me quedaban 18; y como, según os manifesté en los últimos discursos, no había en las clases inferiores quienes subieran á reemplazar á los que se ordenaban, en 1896, á pesar de las medidas que tomé para atajar el mal, de 16 alumnos se componía apenas el Seminario mayor, y esto porque de algunas diócesis extrañas, tanto de México como de los Estados Unidos, habían venido unos cuantos jóvenes á llenar los huecos de mi mermado colegio.

¿Fueron las medidas á que aludo las más adecuadas al fin que debía proponerme? Sólo el tiempo puede decirlo, y hasta ahora me va dando la razón. En todo caso, me serví de los únicos medios que la Providencia puso en mi mano. Para reparar las brechas causadas en las vocaciones eclesiásticas se necesitan años; pero por pocos que me conceda el Altísimo, bastarán, según me hace esperar el éxito hasta ahora obtenido, para que la cifra de aspirantes al sacerdocio iguale de nuevo á la que acostumbraba asentar el Seminario hace diez años, aun sin tener en cuenta lo mucho que ha disminuido la población.

La Providencia, que todo lo dispone *fortiter et suaviter*, hizo que, gracias á esta disminución, no me faltara

clero, bastando el que tenía, aun sin renovarse, á las necesidades de la reducida grey; tanto más cuanto que el Señor, en cuyas manos están la vida y la muerte, prolongó á tal grado la vida de mis eclesiásticos, que en los últimos veintitrés meses no he tenido que lamentar el fallecimiento de un solo sacerdote en activo servicio.

En cuanto á los estudios, conocéis mis principios. Hago constantes esfuerzos por estimularlos y mejorarlos, pero dejando á la corporación á quien he encomendado el Seminario, completa libertad de acción. Así lo he practicado siempre, y me he contentado con pedir buenos profesores, dejando á su arbitrio los libros de texto, el método de enseñanza, la escuela teológica ó filosófica á que hayan de ajustarse. Á la Congregación encargada de mi Colegio corresponden, por tanto, los plácemes que hay que tributarle por el brillo que han obtenido los exámenes, en los cuales he observado mayor número de expectadores que nunca.

Una sola vez intenté apartarme de mi constante principio, por lo que toca á los estudios. Cuando el año pasado se anunció á són de trompa que iba á ser restaurada la antigua Universidad Mexicana, volé á la Capital á presenciar su inauguración, con el firme propósito de incorporar mi Seminario á la nueva Academia, de uniformar su plan de estudios, y de facilitar á mis alumnos la recepción de grados universitarios. Pero ¡ay! ¿Por qué sucederá que para los viejos que han alcanzado otros hombres y otras épocas, lo mismo en el siglo de Jorge Manrique que en el presente

“Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor?”

Narra el inspirado libro de Esdrás, que al zanjarse los cimientos del segundo templo de Jerusalén, los ancianos que habían visto el primer templo lloraban dando voces, *flabant voce magna*, al considerar que el nuevo edificio no prometía igual grandeza y esplendor. Tal sucedió con algunos hijos de la antigua Universidad. No sólo no la vieron nacer ya grande y revestida de fúlgida armadura, á guisa de la Minerva de la fábula, y como la primera Universidad en tiempos de Carlos V; sino que, haciendo comparaciones, la encontraron inferior á la primitiva, aun en sus días de decadencia. Esto me hizo refrenar mis deseos, y aguardar para la realización de mis proyectos á que la naciente Academia sea una verdadera *Alma Mater*, con casa propia y vida propia, y con la energía que se requiere para comunicar esta vida á seres extraños. Entretanto, se limitará mi ambición á que mis seminaristas adquieran la ciencia competente, aunque se vean privados de esos grados y títulos que, por otra parte, cuando no se confieren á sujetos bien escogidos, sirven sólo para dar al joven eclesiástico, en vez de sabiduría, soberbia, procacidad y algunas veces hasta insolencia.

En vista del estado floreciente del Seminario, y de la decadencia material bien visible de la ciudad y diócesi, ¿cuál es el deber de los fieles, cuál es el del Prelado, en tan anómalas circunstancias? No es difícil definirlo. Si estuviéramos en vía de progreso y nadando en prosperidad, “multiplicad, os diría, los establecimientos de educación y beneficencia, fundad nuevos colegios, abrid nuevos hospicios y orfanatorios y asilos.” Pero en la situación en que nos hallamos, es mucho conservar lo que

tenemos, y no hay que exponernos á perderlo construyendo sobre arena otros edificios, que se desmoronarán, sí, al poco tiempo, pero que harán daño á lo antiguo con su elevación al par que con su derrumbe. Deber del pueblo cristiano es sostener por ahora el Seminario, aunque no todo en él sea perfecto ni acomodado al gusto de todos, sin aspirar á otra cosa mientras no vuelvan la prosperidad, la abundancia y la perdida población. Deber del Obispo es desvivirse por él, y estimularlo, y fomentarlo, defendiendo su existencia no sólo contra enemigos extraños, sino contra toda competencia inoportuna de parte de los propios, para lo cual su potestad ordinaria, y la Santa Sede Apostólica, le suministran armas más que suficientes. Los fieles, estoy seguro, cumplirán su deber: el Obispo hartas pruebas ha dado de que sabe cumplir con el suyo.



PANEGÍRICO

DE SAN LUIS REY DE FRANCIA, PREDICADO EN LA CATEDRAL
DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 29 DE AGOSTO
DE 1897.



¡QUÁN consolador es el dogma de la comunión de los santos! Miembros todos los cristianos de un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo Jesús, nos consideramos hermanos, sea cual fuere nuestra patria terrena, nuestra condición social, y la época en que nos haya tocado vivir. Si se trata de la Iglesia triunfante, á todos los bienaventurados tributamos culto, é invocamos, y sabemos que todos ejercitan nuestras plegarias é interceden por nosotros ante el trono del Omnipotente. Á Pedro el Galileo, á Lorenzo el Romano, á Vicente el español, se venera en todos los lugares de la tierra; y lo ve como propagadores suya en la Nueva Inglaterra el Britano, que al habitante de la Nueva Zelanda, lo mismo el Ruso que el Indígena del Perú. Hay un me-